

Panamá: primero, soberanía

Soler-Torrijos, Giancarlo

Giancarlo Soler Torrijos: Sociólogo panameño, graduado en Berkeley. Profesor en la Universidad Tecnológica de Panamá.

Panamá se encuentra en una etapa en que requiere definiciones cruciales. Por un lado, la capacidad de resistencia del general Noriega y del gobierno de Solís Palma superó las expectativas. Por el otro, luego de un año de intensa crisis, la abierta intervención extranjera no permite esclarecer su futuro inmediato. La posibilidad de una salida democrática y popular, sin embargo, dependerá del grado de convergencia de las organizaciones populares y partidos nacionalistas en la conducción del poder estatal.

Si bien es cierto que en Panamá es manifiesta una intensa lucha por la democratización política y social, no podemos afirmar que la crisis panameña sea asimilable a la usual historia de mediatizados movimientos opositores que intentan derrocar a dictadores corruptos y sangrientos, como se dio en Filipinas y Haití, por ejemplo. Esta ha sido la imagen presentada por los medios de comunicación internacionales afiliados a los intereses de Washington, quienes han coincidido en exaltar los movimientos sociales de protesta, que efectivamente se acentuaron a partir de junio de 1987.

La intensidad con que estas protestas fueron dadas a conocer en el exterior aumentó, después de que el coronel Roberto Díaz Herrera declarara que tenía pruebas del papel de Noriega en presuntos asesinatos y fraudes electorales. Las declaraciones de Díaz Herrera, segundo de Noriega y recién destituido por sus actividades conspirativas dentro del ejército, eran, sin embargo, erráticas e incoherentes, propias de un individuo que, además de enfermo (según sus familiares, se encontraba bajo tratamiento psiquiátrico), demostraba que el principal motivo detrás de sus acusaciones contra Noriega eran, más que todo, personales.

Tanto él como Noriega y el ex-general Paredes, después de la muerte de Torrijos, habrían fraguado un pacto en 1983, mediante el cual se distribuían entre ellos el poder, y para esos meses de 1987, "le tocaba" a Díaz Herrera asumir la comandancia general de las Fuerzas de Defensa panameñas. No obstante, esa sucesión no llegó a ocurrir, y las declaraciones de Roberto Díaz, nunca fundamentadas, fueron utilizadas por la oposición derechista como arma principal en sus manifestaciones

políticas, contra el general Manuel Antonio Noriega, comandante en jefe real de las fuerzas armadas.

Fueron estas declaraciones de Díaz Herrera, independientemente de su veracidad, las que iniciaron y le dieron fuerza a una serie de manifestaciones políticas, en las cuales la oposición derechista pedía la remoción de Noriega de su cargo. Si Noriega hubiera cultivado una mejor imagen, las acusaciones de su antiguo compañero de armas, primo hermano del extinto Omar Torrijos, no hubieran tenido tanta acogida. Sin embargo, su falta de contacto con las masas, su imagen ni carismática ni nacionalista, cierto estilo de vida lujoso y extravagante, que no se había observado en los comandantes anteriores y, quizás, el hecho de no ser muy simpático físicamente ni buen orador, determinaron desde el principio que la oposición derechista pudiera capitalizar el descontento popular por la crisis económica y por la falta de acciones gubernamentales que intentaran darle solución.

Mitos y realidades del movimiento opositor

Es cierto que la oposición derechista llegó a contar, al inicio de las manifestaciones, con un apoyo de masas que nunca antes había tenido, pero la autodenominada "Cruzada Civilista", conductora del movimiento, nunca tuvo reparos en dar a conocer sus objetivos nada democratizantes. Su dirigencia, que es la misma de las organizaciones conservadoras empresariales, desenmascaró sus verdaderos objetivos al pedir abiertamente la intervención militar norteamericana. Para ella, y para el gobierno de Reagan, la independencia de las Fuerzas de Defensa panameñas frente a su poder ha sido un obstáculo para los designios imperiales en la región. Por lo tanto, su única receta es "desarticular" las Fuerzas de Defensa, comandadas ahora por el general Noriega, y así poder "democratizar" al país, al estilo de Honduras.

No obstante, los medios de comunicación internacionales han enfocado las luchas políticas en Panamá como una simple división entre norieguistas y la "Cruzada" que intenta, como en otros países latinoamericanos, someter la cúpula militar al liderazgo y voluntad de los civiles. Interpretación que, sin embargo, no hace más que obviar muchas de las condiciones internas y externas, que son aún más importantes para el futuro de los acontecimientos. Sólo cuando el Departamento de Estado estadounidense se desnudó ante la comunidad mundial, mostrándonos sus reales pretensiones, fue posible que se entendiera el problema panameño como un conflicto en las relaciones Panamá-EEUU, aunque, en la práctica, permanezcan casi intactas las percepciones producto de la campaña internacional contra el general Noriega.

La capacidad real de las Fuerzas de Defensa panameñas de tener su influencia propia en la coordinación y dirección del régimen formal, no deriva únicamente de las balas y de las botas, idea que alimenta las expresiones partidistas de la oposición derechista tradicional. Con el extinto general Torrijos, esa capacidad se dio al máximo, porque existía un extenso grupo social que veía en él la materialización de sus aspiraciones, sobre todo con respecto al canal. Pero después de la desaparición física de Torrijos, esa capacidad de las fuerzas armadas ha estado en función de la debilidad e incoherencia del sistema político panameño. La sucesión continua, a través de "golpes de Estado constitucionales", de presidentes por el Palacio de las Garzas, data desde la década de los 40, aún antes de que fuera creada la institución armada. El multipartidismo débil, originado en la facilidad con que los partidos se crean y se recrean alrededor de algunas figuras con poder económico, la mayoría sin ideología específica ni programa de gobierno, han creado las condiciones objetivas para que en Panamá coexistan las instituciones formales de la democracia liberal con una tutela de la institución militar más coherentemente organizada y dotada en los últimos años con el ideario reformista y programático de Torrijos.

De fundamental importancia para la coyuntura actual es darse cuenta que Noriega no ha enemistado a los sectores mayoritarios de la sociedad panameña, aunque todavía no se ha ganado su apoyo real. Si existen, sin embargo, numerosos grupos de voluntarios que se unieron al llamado de las Fuerzas de Defensa y se entrenan militarmente, con el objetivo de hacer frente a una eventual invasión norteamericana. Pero existen grandes grupos sociales que no toman parte en la contienda política, ni en contra de Noriega, ni a favor, aunque si la observan atentamente.

El descontento de las grandes mayorías nacionales fue producido, no por Noriega, sino por las políticas económicas fondomonetaristas y antipopulares de los gobernantes previos a Solís Palma, descontento que ha sido agravado por los efectos de la injerencia norteamericana en Panamá. Por tanto, la lucha política entre los grupos del gobierno y la denominada Cruzada Civilista ha sido, principalmente, la lucha por darle interpretaciones a ese descontento.

Mientras que para los cruzadistas el descontento se debe a la corrupción, la injerencia militar, y "la falta de democracia", para los grupos afines al gobierno, olvidando la política económica anterior de éste, el descontento se debe a la ambición derechista y cruzadista mancomunada con la política del Departamento de Estado norteamericano, que aspira a tomar el poder. No obstante, sólo en la medida en que se den respuestas concretas a las aspiraciones sociales y políticas de las grandes mayorías, es que el descontento, la causa principal de la crisis, podrá ser atenuado.

Una serie de obstáculos limitan la posibilidad de que se consolide un grupo coherente, cohesionado y programático, que pueda liderizar los grandes cambios necesarios para llevar a Panamá por otras avenidas, que la conduzcan a mejores niveles de progreso social y económico. Y todos ellos se relacionan con la descomposición, tanto de la Cruzada, como de la antigua dirección ejecutiva del Estado. Tanto los sectores conservadores del oficialismo, que pareciera fueron desplazados con el advenimiento de Solís Palma a la presidencia, como los sectores apátridas de la oposición cruzadista ligada a los sectores empresariales y al minoritario Partido Demócrata Cristiano, demostraron su incapacidad de liderazgo al no presentar programas políticos y sociales que tuvieran la capacidad de darle una solución real a la crisis.

El gobierno presidido por Solís Palma intenta renovarse, superando el desgaste promovido por los enfrentamientos con EEUU y la Cruzada, y por las políticas neoliberales implementadas por sus antecesores. Y ello no es tarea fácil. El gobierno está compuesto por una serie de partidos, muchos de ellos casi sin programas y con muy poco contacto con los sectores populares; y por un partido mayoritario, el Partido Revolucionario Democrático, cuya dependencia frente al cuartel, desde la muerte de Torrijos, ha sido tan grande, que muchos de sus candidatos, tanto en su dirección interna como en los puestos administrativos y electivos del Estado, fueron impuestos por el Estado Mayor de las fuerzas de defensa, de acuerdo a sus intereses personales, familiares y de negocios. Lo cual, irónicamente, debilitó a las mismas organizaciones que podrían hacerle frente a la crisis, dándole una más fuerte base de apoyo civil a las fuerzas de defensa panameñas en su intento de promover proyectos políticos distintos a la fórmula norteamericana para la región.

El nuevo oficialismo

Con la destitución de Delvalle por la Asamblea Legislativa, y el cambio de gabinete ministerial realizado por Solís Palma en abril de 1988, parece consolidarse una nueva dirección estatal, mientras, los sectores populares se han organizado en un Frente Unitario Popular para sustentar la reorganización estatal y la defensa de la identidad nacional. Para hacerlo posible, sin embargo, Solís Palma y Noriega deberán superar la etapa de las declaraciones grandielocuentes no suficientemente concretas, o asumir las consecuencias, en este período crítico, de la desconfianza del pueblo para con el oficialismo. Las condiciones económicas adversan la posibilidad de que así se realice. Pero no lo impiden.

La oposición cruzadista

Ahora más dividida que nunca, la Cruzada reclama, paradójicamente, derrocar de facto al gobierno y a Noriega, y así impulsar lo que ellos llaman "democracia". Pero están muy apurados y no desean esperar hasta las elecciones generales de 1989; quieren darle vuelta a la torta mientras Reagan esté en el poder en Washington. De lo contrario, saben ellos, las condiciones internas y externas pueden variar tanto que podrían frustrarse sus planes. Por sus propias acciones, la Cruzada se redujo a su mínima expresión. Al apegarse a las acciones del Departamento de Estado norteamericano, evidenciaron su designio antipopular y evitaran precisamente que los diferentes grupos que conforman la sociedad panameña se sumaran a sus llamados.

La asonada cruzadista ya se preparaba en septiembre de 1987, cuando se preveía que la Asamblea Legislativa discutiría y aprobaría las reformas fondomonetaristas a la Caja del Seguro Social, situación que provocaría un profundo rechazo popular, el que sería aprovechado por la oposición derechista para canalizar el descontento. Sin embargo, las declaraciones de Díaz Herrera (junio, 1987) crearon las condiciones por ellos esperadas y adelantaron los acontecimientos. Al inicio, la Cruzada tuvo un éxito relativo, ya que llegó a contar con un apoyo de masas con el que nunca había soñado. Muchos sectores sociales se le unieron, aupados por el descontento general para con las políticas del oficialismo, aunque inconscientemente trabajaban para Washington. Ahora, el ondeo de los pañuelitos blancos, y el sonar de los claxons en los barrios altos, ya son recuerdo del pasado.

Estados Unidos

Por sus propias acciones desestabilizadoras, el Departamento de Estado ha visto cómo la situación panameña se le ha ido yendo de las manos. Pero se niegan a querer reconocer su impotencia. Elliot Abrams, secretario de Estado para Asuntos Interamericanos, se ha manifestado asombrado de que, contra todas sus expectativas, Noriega permanezca en pie. Quisieron crear muertos para la TV, y no pudieron. Para promover una imagen internacional de la "lucha democrática" cruzadista, sus diplomáticos "sugirieron" a sus corresponsales de prensa que transmitieran imágenes de las "barricadas" que erigía el pueblo a manera de protesta; pero como no encontraron un suficiente número de ellas, los mismos periodistas se encargaron de fabricarlas. Y pretendieron invadir el país, pero algunos más realistas dentro del Departamento de Defensa se opusieron. Estados Unidos debía "cortarle la yugular a Panamá", según recomendaciones del senador Alphonse D'Amato. Sin embargo,

el mismo preguntaba después, sarcásticamente: "si EEUU puede menos que el general Noriega".

Las bases militares de EEUU, acantonadas en Panamá, de acuerdo a los tratados Torrijos-Carter, deben abandonar el istmo para el año 2000. Sin embargo, teniendo en cuenta la política guerrerista de Reagan y los posibles convenios EEUU-URSS sobre la eliminación de cohetes, se retorna a la concepción de la guerra convencional, y las bases recobran su antiguo papel. Por ello, EEUU necesita un gobierno suficientemente dócil en Panamá, para renegociar aquellos tratados y permitir que las bases permanezcan más allá del año 2000.

Noriega tampoco es el mayor obstáculo para esas pretensiones, sino la totalidad de las fuerzas de defensa panameñas, que intentan regresar a su pasado torrijista. De eso da fe un documento elaborado el 27 de octubre de 1987 por el Departamento de Estado: "Noriega no es el único problema, ni siquiera el principal. Si Noriega se va y el 'Grupo de los Seis' toma las riendas de la situación, las cosas pueden empeorar. Por eso debe sacarse del país a Córdoba, Del Cid, Madriñan, Benítez, Cleto Hernández y los Porcell. Su acceso al poder debe ser bloqueado. Deben ser aislados" ¹.

Tampoco las presuntas vinculaciones con el narcotráfico son la principal razón del interés de EEUU por "sanear" Panamá. Ya el gobierno de Reagan, a fines del mes de mayo de 1988, le ofreció a Noriega levantarle los cargos hechos en los tribunales norteamericanos contra él, a cambio de su renuncia del cargo de comandante en jefe de las FDP. A la vez se constituiría un gobierno "de reconciliación nacional" que procedería a nombrar una figura de la oposición cruzadista para la presidencia.

Mostrándose débil, la administración Reagan llegó a extraviar, de la sede de la embajada de EEUU en Panamá, una serie de documentos supuestamente comprometedores de la vinculación de Noriega con el narcotráfico. Pero Noriega, quizás recordando su ambigua posición ideológica anterior a la crisis, y conociendo que "la historia" lo está observando, optó por rechazar la fórmula de EEUU.

Aunque no se descarta absolutamente una intervención armada norteamericana en Panamá, si cabe esperar otros intentos de Washington. Es todavía posible que intenten una acción de tipo comando, en la cual se busque el asesinato de Noriega. O provocar que Noriega utilice su última carta: "Curándose en salud, Noriega envió

¹El documento aludido fué llamado Thoughts on a Panamanian Political Solution . ver "Panamá: intervención y soberanía, en: Coyuntura centroamericana, Año 1, N° 6-7, febrero-marzo 1988, p. 21.

un claro mensaje en clave, sólo inteligible para su interlocutor en Washington, al aludir respuestas claras en torno a (...) la vinculación de Bush en el tráfico de drogas, a través de Panamá, destinado a recaudar fondos para la 'contra' " ².

Perspectivas democráticas

Aceptar las presiones norteamericanas sienta peligrosos precedentes para cualquier gobernante latinoamericano, no sólo panameño. Por lo tanto, el primer paso hacia la democratización de Panamá es el de afirmar su vocación soberana, que radica en la movilización que la propia población panameña pueda realizar. Ni el gobierno ni las FDP, por sí solas, pueden hacerla realidad.

Como producto de la crisis, las FDP han sido objeto de una doble presión. Por un lado, EEUU, que les reclama una mayor integración a su aparato militar y una práctica contrainsurgente. Por otro lado, los partidos nacionalistas y las organizaciones populares, que los instan a poner en práctica su ideología nacionalista y una práctica política reformista. De esta última opción depende que las futuras luchas políticas no sean simples actos circenses y artificiales que ignoren la presencia popular en las plataformas electorales y las acciones de gobierno.

El porvenir democrático panameño también está ligado a que la afinación soberana y la intención nacional y popular del gobierno, no dependan de la suerte de una sola figura. Con Noriega o sin Noriega, con Solís Palma o sin él, la real democratización de Panamá deberá contar con un conjunto de nuevos líderes, nuevas instituciones y nuevas políticas de carácter nacional, que tomen en cuenta a los sectores populares. Sólo así se podrá sustentar una diferente organización política y social, que le dé seguridad a la nación panameña frente a los problemas todavía por venir, asegurando una salida democrática para la crisis actual.

Referencias

*Anónimo, COYUNTURA CENTROAMERICANA. 1, 6-7. p21 - 1988; Panamá: intervención y soberanía.

*Anónimo, OPINION PUBLICA, PANAMA. 1. p8 - Panamá. 1988

²Opinión Pública, N° 1, Panamá, primera quincena de junio de 1988, p. 8.

Algo más que la periferia de un canal

Guillermo Castro Herrera

En medio del ir y venir de noticias sobre agresiones y resistencias, es poco lo que finalmente se dice sobre Panamá y los panameños en los medios internacionales de información. Queda a veces la impresión, incluso, de que se habla de un lugar poblado por banqueros, militares - gringos y nacionales - y políticos de traje blanco y habano en boca, todo ello rodeado por la nada. Sin embargo, éste es uno de los rincones más fascinantes de América Latina, poblado por descendientes de catorce etnias distintas, con una cultura popular rica y diversa, y con una fuerte personalidad nacional. No en balde fue el primer punto de tierra firme donde intentó Cristóbal Colón fundar un asentamiento de españoles, 400 años antes de que el Canal fuera construido con dólares norteamericanos y sudor de peones antillanos.

Para explicar Panamá, quizás haya que decir en primer término no que éste es un país caribe y no centroamericano. La frontera con Costa Rica, en efecto, no sólo define un límite político. Además de eso, la raya imaginaria separa dos universos culturales, lingüísticos, gastronómicos y conductuales profundamente distintos. Hasta allí, Centroamérica, indígena, española y mestiza, tierra de tortillas asadas de maíz blanco y alimentos finamente picados, con su polo cultural en México desde allí, el Caribe, africano, español e indígena también, enriquecido además con toda suerte de aportes de Asia y la Europa mediterránea; tierra de frituras y mariscos, con su polo cultural en Cuba y la Dominicana. La primera, tierra de guitarra; ésta, tierra de tambor. Allá de Rubén Darío; acá, de Nicolás Guillén.

El Español es el idioma oficial de esta república de dos millones y medio de habitantes, que se comunican entre sí en otras trece lenguas tradicionales, desde el guaymí y el kuna autóctonos, hasta el chino, el hindi y el bronco y musical inglés de las Antillas. La Constitución nacional declara al catolicismo como religión mayoritaria del país. Lo practican, con matices muy del trópico, los descendientes de españoles y mestizos, junto a los musulmanes, los taoístas chinos, los budistas y el universo inacabable de las sectas evangélicas, que pregonan la exclusiva salvación en Cristo. Todos los creyentes, además, de uno u otro modo, participan de un ambiente de religiosidad popular fuertemente impregnado del culto a la santería, surgido del encuentro entre el catolicismo colonial y la religiosidad de los esclavos africanos de siglos ya idos.

Nadie puede extrañarse, en una tierra así, de que sean el desenfado y un sentido íntimo y preciso de lo justo y lo injusto, los rasgos más característicos de la perso-

nalidad de este pueblo. El primero se traduce en una tendencia incontenible a vivir con toda la alegría posible una existencia a menudo difícil y esforzada. El segundo se expresa en una forma de solidaridad hacia los más débiles que, en su momento, lleva al general Torrijos a decir que este pueblo era más lastimero que justiciero. Ambos, además, confluyen en un orgullo nacional fuerte y sencillo, tan grande como han sido las dificultades que han confrontado los panameños para hacer de su país una nación, frente al empeño de Estados Unidos por hacer de Panamá, simplemente, la periferia de un canal.